

Méx. 6 agosto 1968

Carlos:

Por la prensa me he enterado de la terrible situación en que te encuentras. Quiera Dios que al logre tu defensa, pero si el Destino que tenemos todos marcado en esta vida te fuera adverso tu caes muy bien que los hombres mueren de pie.

Te abraza tu padre que espiritualmente estará contigo en todo momento.

Javier

Carlos Jurado

Amigo, compañero, prisionero

Rosario Castellanos*

Cuando alguien me dice que la literatura no sirve para nada yo estoy de acuerdo. Porque soy hipócrita, porque no me gustan las discusiones y porque en cierta medida comparto esa opinión. Pero cuando reflexiono a solas descubro que la literatura quizá no sirve ni al progreso de la humanidad ni a hacer más cómoda ni placentera la vida de los hogares ni para deshacer entuertos. Pero sirve (al menos en mi caso ha servido) al que escribe.

En 1955 yo redacté, en un estado de absoluta inconsciencia, una novela a la que puse el acertado título de *Balún-Canán*, gracias al cual la confunden invariablemente con Chilam Balam y, claro, la sitúan entre los clásicos mayas.

Cuando la leí me di cuenta de que lo que se contaba en sus páginas, que en mucha medida son autobiográficas, era abominable. Que las relaciones entre los indios y los mestizos en Chiapas estaban regidas por una brutal injusticia y que si yo, en otros momentos, había participado de esa injusticia y me había aprovechado de ella y ahora quería sentirme persona humana tenía que hacer algo para contribuir a remediarla.

Estaba enterada de la existencia del Instituto Nacional Indigenista y del Centro Coordinador suyo que funcionaba en San Cristóbal. Quería ofrecer mis servicios, pero ¿cuáles? No sé poner inyecciones, ignoro hasta los rudimentos del trabajo social, de la agricultura, de la educación, de la ingeniería, etc. Quizá podría ser útil si acaso como mecanógrafa.

Hice así mi solicitud y gracias a la intervención de Gastón García Cantú y de Horacio Labastida fui enviada a San Cristóbal en calidad de “mientras”, como se dice.

Una serie de circunstancias hizo que me pusieran a cargo del teatro guiñol, uno de los medios con los que operaba la Sección de Ayudas Visuales a cuyo frente estaba Carlos Jurado. El era mi jefe inmediato y lo primero que me horrorizó era su capacidad de trabajo. Una especie de energía nerviosa lo animaba para realizar giras (a veces muy difíciles y peligrosas) por el interior de la zona; para experimentar con

*Artículo publicado originalmente en *Excélsior*, 10 de agosto de 1968. Col. Acervo Carlos Jurado

PÁGINA ANTERIOR
Carta enviada a Carlos Jurado —durante su estancia en prisión— por su padre Daniel Jurado, 6 de agosto de 1968. Col. Acervo Carlos Jurado

PÁGINA 45
Carlos Jurado en expedición a la Selva Lacandona, 1955. Col. Acervo Carlos Jurado

Carlos Jurado

Compañero, Pr

ROSARIO CASTELLANO

difíciles y peligrosas) por el interior de la zona; para experimentar con medios expresivos que resultaran accesibles para los indígenas para redactar y distribuir publicaciones que ayudarían a la aculturación; para pugnar, contra todo y contra todos, por la defensa de los demás, de ese grupo de mexicanos marginados de la vida nacional.

Una poderosa simpatía se estableció entre nosotros y vino a fortalecerla el descubrir un parentesco bastante cercano. La relación entre jefe y subordinado no existió nunca sino la camaradería, la ayuda, los propósitos comunes, los mismos puntos de vista acerca de los problemas con los cuales nos enfrentábamos cotidianamente, en el sentido del humor para superar la sensación de fracaso cuando nuestras acciones desembocaban en el vacío.

Fueron dos años laboriosos. Con Carlo Antonio Castro formamos un trío que creía complementar su trabajo en el Instituto Indigenista con la organización

medios expresivos que resultaran accesibles para los indígenas; para redactar y distribuir publicaciones que ayudarían a la aculturación; para pugnar, contra todo y contra todos, por la defensa de los demás, de ese grupo de mexicanos marginados de la vida nacional.

Una poderosa simpatía se estableció entre nosotros y vino a fortalecerla el descubrir un parentesco muy cercano. La relación entre jefe y subordinado no existió nunca, sino la camaradería, la ayuda, los propósitos comunes, los mismos puntos de vista acerca de los problemas con los cuales nos enfrentábamos cotidianamente, en el sentido del humor para superar la sensación de fracaso cuando nuestras acciones desembocaban en el vacío.

Fueron dos años laboriosos. Con Carlo Antonio Castro formamos un trío que creía complementar su trabajo en el Instituto Indigenista con la organización de actividades culturales en San Cristóbal. Se formó un círculo integrado principalmente por intelectuales chiapanecos que promovió ciclos de conferencias, exposiciones, publicación de revistas. Carlo Antonio y yo impartíamos sendas cátedras en la Preparatoria y Carlo, que es (¿se me había olvidado mencionarlo?) esencialmente un pintor, trabajaba en un mural de grandes proporciones en el edificio de la escuela.

Jurado no descubrió su vocación pictórica sino cuando ya se había "situado" en la sociedad. Cuando había formado una familia, cuando desempeñaba un trabajo bien remunerado, cuando se le consideraba un hombre de porvenir. Era difícil renunciar a la estabilidad y jugárselo todo al azar. Sin embargo lo hizo. Pero como nunca concibió el arte como un mero deleite personal o medio para lucro, sino manifestación de solidaridad con los desposeídos, con las víctimas de la injusticia, con los débiles en la organización social a la que pertenecemos, al mismo tiempo que renunciaba a su empleo aceptaba un puesto en el Centro Coordinador del Instituto Nacional Indigenista en la Tarahumara.

Inviernos rigurosos; la cabaña rodeada de nieve durante días enteros; el aislamiento; los niños, sus hijos, a los que no podía conseguir en esas circunstancias el alimento adecuado. Fue su rito de iniciación y lo cumplió de modo satisfactorio. Fue promovido, más tarde, al Papaloapan. El extremo contrario. Trópico, paludismo, enfermedades hídricas.

El colmo de la comodidad, declaraba cuando nos disponíamos, en algún "paraje" a abrir la lata de sardinas que

Hace 50 Años



constituía nuestro menú, lo he encontrado en San Cristóbal. Se refería al clima, a la casa bastante aceptable en la que se alojaba con su familia, al tiempo que podía consagrar a su obra.

Maduraba con lentitud; se exigía cada vez más. Sin salir de los cauces del realismo que parecía exhaustos después de que en ellos abrevaron “los tres grandes” de la pintura mexicana, quería encontrar su temática, su estilo propios, escapar de ese enorme lugar común en que tantos otros contemporáneos suyos vegetaban.

Porque “así convenía a nuestros intereses”, el trío que integrábamos Carlos Jurado, Carlo Antonio Castro y yo, se disolvió. Cada uno tomó un rumbo diferente y no volvimos a saber los unos de los otros sino de una manera esporádica.

Y hoy, con asombro, con dolor, con alarma, me entero por los periódicos de que Carlos Jurado está preso en una cárcel de Guatemala. Los detalles acerca de los delitos de que le acusan son muy confusos y no quiero entrar en ellos. Pero puedo jurar, si es que eso vale de algo, que el Carlos Jurado que yo conozco, quiero y admiro es incapaz de hacer daño a nadie. Su desinterés, su abnegación, su sentido del sacrificio hacen que no pueda pensarse en él como un delincuente. Y menos aún como un delincuente al que haya que maltratar, hacer que padezca de hambre, desaparecerlo de la protección de la ley, condenarlo a muerte.

Sus colegas han reproducido en nuestros periódicos el telegrama enviado al ministro de Gobernación de Guatemala y al secretario de Relaciones Exteriores del mismo país. Es necesario que tan altas autoridades estén al tanto de la suerte que va a correr un compatriota nuestro de alta valía intelectual. La embajada mexicana vela por su seguridad y los funcionarios de ella son los únicos a los que se les permite el acceso a la celda de prisionero de Carlos Jurado. Yo no pido sino que su juicio sea público y su defensor sea imparcial. Si es verdad que *El señor presidente* que retrató Miguel Ángel Asturias ha muerto y que ahora impera en aquel país un orden democrático, los que ahora tememos por la vida de Carlos Jurado la confiaremos a la equidad de sus jueces para que la salven y le devuelvan la libertad.



Chichai en el estudio, Xalapa, 1975. Col. SINAFO-FN-INAH

